

destruido por las malas doctrinas, sea todo restablecido por las buenas. Yo no intento, señores, dar lecciones de política, ni convertir esta cátedra en tribuna de arengas; pero soy francés, y mi corazón me dice que ama á su Príncipe y á su patria: soy ministro de la religion, y una parte de mi mision es hacer sentir su necesidad: por ambos títulos me corresponde inculcar una verdad que conviene repetir porque incessantemente se olvida; y es que no hay sociedad sin leyes, leyes sin moral, ni moral sin religion; y acabo añadiendo que de todas las religiones de la tierra la mas capaz de reprimir todos los vicios y de inspirar todas las virtudes es la que tenemos la felicidad de profesar, la religion de Jesucristo.

SOBRE

EL TESTIMONIO.

DESPUES de haber procurado arraigar en vuestras almas por medio del raciono las verdades sagradas que habiendo nacido con el género humano se han propagado con él y conservado mas ó ménos puras en todos los siglos y todas las regiones de la tierra; vamos, señores, á considerar la revelacion particular que el Criador hizo de ellas; primero al pueblo hebreo por medio de Moises, y despues á todos los pueblos por Jesucristo. Aquí ya se nos abre una nueva carrera; y la duplicada revelacion de que os hablo se nos presenta rodeada de prodigios brillantes, que ostenta como títulos auténticos é irrecusables de su celestial origen; pero nosotros no hemos sido testigos de estos prodigios, y solo los sabemos por el testimonio de las generaciones intermedias que se han sucedido desde la época misma en que se verificaron, hasta nuestros dias. ¡Qué deberémos por consiguiente pensar de este testimonio y de estos

milagros? Hé aquí las dos cuestiones que es preciso discutir ante todo. Hoy nos limitaremos á la primera, y para tratarla con alguna extension, y dar á conocer las consecuencias útiles que se derivan de ella naturalmente, sentaremos las dos siguientes proposiciones: Primera, la mayor parte de nuestros conocimientos y de nuestros deberes se fundan en hechos que no hemos visto, y que sin embargo creemos por el testimonio de otros: Segunda, el testimonio humano en las cosas de su esfera es una regla de verdad tan segura como pueden serlo los sentidos y el raciocinio en aquellas á que se aplican, y hay hechos tan ciertos para nosotros á pesar de no haberlos visto, como los teoremas de geometria.

Esta materia es puramente filosófica, y pudiera discutirse en la tribuna de una academia igualmente que en esta cátedra; pero está enlazada con las pruebas fundamentales del cristianismo, y ha sido tratada por los mas hábiles apologistas: es tambien de grande utilidad para ilustrar y fortalecer nuestra fe, y por consiguiente no puede ser agena del ministerio que ejerzo entre vosotros.

Yo no sé, señores, si alguna vez habeis pro-

fundizado la idea de que, así en el mundo moral como en el físico, todo gira casi siempre sobre hechos que no hemos visto, y que no obstante creemos por el testimonio de nuestros semejantes. En efecto, nuestras opiniones, nuestros conocimientos, y nuestros mismos deberes en todo lo concerniente á los tiempos pasados, á las ciencias, á las letras y á las artes, á la sociedad doméstica y civil, y á todos los negocios humanos que nos ocupan en la tierra, se refieren á hechos pasados en una época ó en un punto mas ó ménos distante de nosotros, y que no han sido transmitidos por una serie y una concordancia de testimonios intermedios dados de viva voz ó por escrito. Nosotros no somos mas que una porcion del género humano, y vivimos en un punto solo del tiempo y del espacio; pero nuestra existencia presente tiene relaciones y un estrecho enlace con lo pasado: ¿mas dónde existe este pasado sino en los testimonios sucesivos que en cierto modo le han hecho revivir de generacion en generacion hasta nosotros?

Que la antigua Roma llegase á ser señora del mundo por un encadenamiento prodigioso de conquistas, fruto de la política y de la fuerza; que debilitado después el imperio romano por su inmensa extension, corrompido por to-

dos los vicios, y conmovido por las divisiones sangrientas de los que estaban destinados á gobernarle, sufriese desavenencias y convulsiones que pronosticaban su próxima ruina; que en el cuarto y quinto siglo cayese en efecto aquel coloso de poder al golpe de los pueblos bárbaros, y que de sus ruinas se hayan formado estos estados europeos que despues de haber experimentado las variaciones que el tiempo trae siempre consigo subsisten todavía; que Mahoma haya abrasado en el siglo séptimo dilatados países con el fuego de su fanatismo, y que de conductor de camellos haya llegado a ser el fundador de un nuevo culto y de un nuevo imperio; que en el siglo IX Carlo-Magno, uno de los mas grandes hombres de los tiempos modernos haya gobernado con gloria una de las mas vastas monarquías que ha habido despues de la de los romanos, y que agitado en el siglo doce el occidente por un piadoso entusiasmo, se volcase sobre el oriente para aniquilar con su peso al implacable enemigo de la civilizacion y del cristianismo, son sucesos de los cuales podrá acaso la crítica contradecir algunos pormenores; pero que en su conjunto pasan por indudables en el mundo entero, y con ellos tienen mas ó ménos enlace nuestras leyes, nuestros usos,

nuestras instituciones, y el régimen bajo de que vivimos. ¡Y por dónde conocemos todos estos hechos mas que por la tradicion, por los monumentos y la historia, y en una palabra, por el testimonio de los hombres?

Pasemos á lo que concierne á las ciencias, las letras y las artes, y supongamos que se nos dice: Heródoto es el padre de la historia, Hipócrates de la medicina, Euclides de la geometría; Homero entre los griegos compuso la Iliada, y entre los latinos Virgilio publicó la Eneida; Justiniano hizo redáctar en el siglo VI un *Código* que conserva su nombre; los siglos mas brillantes del entendimiento humano son los de Alejandro, de Augusto, de Leon X y de Luis XIV; la imprenta, la brújula y el telescopio son, á lo ménos para nosotros los europeos, una invencion de nuestros tiempos modernos; un genoves descubrió la América, y un Florentino le dió su nombre; Galileo conjeturó la gravedad del aire, y Toricelli y Pascal la demostraron; Copérnico publicó un nuevo sistema del mundo planetario; Kepler halló las leyes de las revoluciones de los planetas; Descartes aplicó el primero la álgebra á la geometria: estos tambien son hechos que tienen conexion con todos los conocimientos humanos,

y que todo el mundo cree en fuerza del testimonio. ¿Cuál es en efecto el físico, el químico, el naturalista ó el jurisconsulto que tanto en la enseñanza pública como en sus escritos no se funde en experiencias, en observaciones y en hechos que no ha visto, y que sin embargo tiene por ciertos? En todo, el hombre mas instruido y mas capaz será aquel que conozca mayor número de hechos, y que sepa sacar de ellos consecuencias mas útiles al bien de sus semejantes. ¡Oh! si de repente, señores, llegásemos á olvidar del todo los hechos que creamos bajo de la fe de otros, si nos viésemos limitados solamente á los que hemos visto, y si por este hecho se borrara de nuestra alma la idea de cuanto ha precedido á nuestro nacimiento, todo el sistema de nuestras ideas y de nuestra instruccion iria por tierra, y nuestros pensamientos no tendrían relacion ni apoyo alguno: nos hallariamos en fin en una especie de delirio, y en vez de una cadena de anillos bien unidos, solo encontraríamos eslabones sueltos de una cadena destrozada.

Otra cosa, señores, digna tambien de atencion: todo en la sociedad civil y doméstica se funda en hechos que han pasado léjos de nuestra vista: así el haber nacido en el seno de es-

ta Francia que habitamos, el tener relaciones de afinidad y parentesco con cierto número de familias, el haberse dado una ley y revocado otra, y estar las potencias de Europa unidas entre sí por medio de tratados que forman como el derecho público de esta parte del mundo, son del mismo modo unos hechos que sabemos por nuestros semejantes: así tambien cuanto tiene conexion con nuestros mas dulces afectos, cuanto une á las naciones y á los hombres, é interesa mas de cerca la tranquilidad pública, supone hechos conocidos únicamente por el testimonio de aquellos.

En fin, señores, no solamente creemos hechos que no hemos visto, sino que los hacemos la regla de nuestras deliberaciones en la direccion de los negocios de la vida humana, y son para nosotros la base de la mayor parte de los deberes que ligan nuestra conciencia. Me explicaré.

Es un deber obedecer la ley: pero si yo no he estado presente cuando se ha dado, ¿cómo podré asegurarme de que ha emanado del legislador sino por el testimonio?

Es igualmente una obligacion respetar al magistrado; pero no habiendo asistido á su nombramiento ni á su instalacion legal, ¿por qué medios podré asegurarme de la legitimidad del

poder que ejerce mas que por el testimonio?

Es tambien un deber cumplir las obligaciones contraidas por aquellos cuya herencia hemos recogido; pero si no hemos visto autorizar el instrumento al funcionario ante quien se ha otorgado, ¿por dónde arreglarémos nuestra conducta mas que por el testimonio ageno?

El autor de la naturaleza ha dispuesto en nosotros una secreta inclinacion á dar asenso á los que nos transmiten los hechos y á creer sus relaciones; inclinacion que no conviene seguir ciegamente, pero que no por eso deja de ser el vehículo necesario de la instruccion entre los hombres. El hijo cree á su padre, el discípulo á su maestro, y por este medio adquiere su entendimiento las primeras nociones de los hombres y de las cosas, y aprende á conocer el nombre de los objetos que le rodean. Su ignorancia es el principio de su docilidad; siente que necesita ser dirigido, y por esto recibe sin resistencia las impresiones que se le dan, y cree sin reflexionar, en cuyo sentido la fe precede á la razon. Desconoced en efecto el testimonio, y no sabréis ni quienes son vuestros padres, ni cual el lugar de vuestro nacimiento: ignoraréis cuál es la heredad recibida de vuestros antepasados, qué rey gobernaba la

Francia al principio del siglo XVII, y cuáles son los magistrados á quienes se deba obedecer: experimentaréis la angustia de la perplejidad sobre lo que mas debe interesaros, y caeréis por fin en la noche de una profunda ignorancia.

De aquí, señores, deducirémos las tres consecuencias siguientes: primera, son muy imprudentes é inconsiderados cuantos intentan destruir la certidumbre del testimonio humano, aparentando un pirronismo que por otra parte desmienten á cada paso en su conducta; pues al mismo tiempo que se glorian de no creer mas que lo que ven, hablan, se resuelven y obran forzosa é incesantemente con arreglo á una multitud de hechos que creen sin haberlos visto.

Segunda: fundándose la mayor parte de nuestros conocimientos en hechos de que no hemos sido testigos, importa mucho formarnos reglas de una sábia crítica que nos salven de la credulidad y de la temeridad, y nos enseñen á discernir el grado de confianza que merece el testimonio. Hay una crítica excesiva y mordaz que nada perdona y nada permite creer, y hay tambien otra fácil y complaciente que confunde los rumores vagos con la conviccion mas

ilustrada, las conjeturas con las pruebas, é induce á creerlo todo: es ciertamente una simpleza creerlo todo por el dicho de otro; pero es tambien una locura no creer nada, y entre estos dos extremos está la prudencia.

Tercera y última consecuencia. Arreglándose casi todo entre los hombres por los hechos, y enlazándose con ellos casi todos los deberes de conciencia, el medio mas adaptado al hombre que el cielo podia elegir para apoyar y perpetuar una religion, era sentarla en hechos incontestables; y este es tambien el carácter eminente de la ley mosaica y del cristianismo, como veremos mas adelante.

Paso á la segunda proposicion, á saber, que el testimonio humano en las cosas de su jurisdiccion es una regla de verdad tan segura como pueden serlo los sentidos y el raciocinio en las cosas á que se aplican; y entre los hechos que no hemos visto los hay tan ciertos para nosotros como los teoremas de la geometría. En las investigaciones á que puede entregarse el entendimiento humano para descubrir la verdad, hay que evitar las ilusiones y usar de precaucion. Pueden extraviarnos los hombres, no ménos que los sentidos y el raciocinio; pero no está el defecto en la regla, sino en la falsa apli-

cacion que se hace de ella. Hay rumores populares destituidos de todo fundamento; hay tambien raciocinios combatidos por la sana razon, y hay experiencias falsas desmentidas por otras verdaderas; pero así como no es permitido abandonar en todo el raciocinio, ni desconfiar totalmente de la relacion de los sentidos, porque mas de una vez nos hayan seducido uno y otro, tampoco lo es no creer nunca el testimonio ageno por la frívola consideracion de que alguna vez nos haya engañado.

El testimonio debe sin duda estar revestido de ciertos caracteres, para merecer y obtener un pleno y cabal asentimiento; y es preciso que por el conjunto de todas sus circunstancias sea tal que no pueda aplicarse mas que á la verdad misma del hecho que atestigua: subamos á los principios.

El mundo moral, lo mismo que el mundo físico, no marcha al acaso, y hay reglas fijas y universales para los entendimientos, lo mismo que para los cuerpos; hay leyes que rigen la especie humana, y se manifiestan como las de la naturaleza, por fenómenos constantes, y cuyos resultados pueden preverse y anunciarse de antemano: pero tal es nuestra condicion, que es imposible que hombres enteramente desco-

nocidos unos de otros, colocados en diversas situaciones, diferente edad, y opuestos en carácter, en intereses, en pasiones, y aun en preocupaciones, y entre quienes no puede recelarse un fraude concertado, concurren como por casualidad á presentarse por testigos oculares de unos mismos hechos: que sean malos é impostores sin motivo, y que sacrifiquen su conciencia, el amor natural á la verdad, sus intereses presentes y futuros, y hasta sus pasiones predilectas al placer de afirmar una mentira. Quanto mas se observen las extravagancias, los caprichos, los intereses y pasiones de los hombres, mas nos convenceremos de la imposibilidad de que puedan estar conformes por casualidad sobre un mismo hecho.

Pasemos ahora á la aplicacion. O se trata de cosas que se pueden comprobar por testigos oculares, ó de sucesos anteriores á las generaciones presentes.

En el primer caso puede fundarse la fe particular en la fe pública, y en una creencia de tal modo universal, firme é ilustrada, que subyugue el entendimiento, y á la que nos veamos forzados á dar crédito. Yo os pregunto, señores: ¿en todo lo respectivo á las diversas regiones del globo que no hemos recorrido, á los

usos, á las leyes, al culto y al gobierno de los pueblos que las habitan, á las producciones de su suelo, á la temperatura de su clima, á los rios que las riegan y á las montañas que se elevan sobre su superficie, no podemos tener conocimientos mas ó ménos extensos, en los cuales tengamos cierto derecho á fiarnos con entera seguridad? Y aun cuando algunos pormenores sobre estos diversos objetos puedan ser defectuosos, ¿no tenemos sobre ellos nociones invariables, superiores á toda incertidumbre? Posible es que entre mis oyentes ni uno solo haya visto la ciudad de Constantinopla; ¿y habrá sin embargo uno solo que vacile en creer la existencia de esta capital del imperio Otomano? Ciertamente que no. ¿Y por qué? Porque nos sentimos irresistiblemente convencidos por la autoridad de los viajeros que han hecho su descripcion, por la declaracion verbal de los testigos nacionales y extranjeros que la han visto con sus propios ojos, y por las relaciones incesantes de política y de comercio. Si yo me atreviese á decir desde esta cátedra: *Cuentan que existe en Europa una ciudad llamada Constantinopla; podrá ser asi, y aun parece probable; pero en fin, yo no he comprobado este hecho, y siempre me queda alguna duda:*

¿no sería mirado como un insensato? Y cuando no se puede negar una cosa sin pasar entre los hombres por un extravagante, ¿no se siente uno forzado á confesar que se ha llegado acerca de ella al mas alto grado de certidumbre? Lo mismo que digo de la existencia de aquella ciudad célebre, diré tambien de cuanto se refiere de su situacion, una de las mas magnificas del universo; de sus mezquitas, de la peste que destruye algunas veces á sus habitantes, y de los incendios que consumen sus moradas: sobre esto no tengo necesidad de examinar las cualidades personales de cada testigo, su veracidad, su probidad, sus opiniones y sus intereses, para graduar la confianza que merecen, y me separo de toda consideracion particular para elevarme á una consideracion general tomada del fondo mismo de la naturaleza humana. Tal es en efecto la diversidad y el contraste de sentimientos, de pasiones y de intereses: tales las rivalidades de los testigos que han visto á Constantinopla, y tal tambien por su parte la imposibilidad de engañarse en el hecho, que es imposible suponer ni error ni impostura; de modo que estoy tan realmente cierto de la existencia de Constantinopla, como de la igualdad de los radios del círculo.

Yo bien sé que cabria en lo posible que jamas hubiese sido edificada aquella ciudad, así como lo seria que jamas el hombre hubiese trazado la figura del círculo; pero del mismo modo que en el órden actual de cosas materiales existen círculos, y en ellos sus radios son iguales, así tambien en el órden actual de las cosas humanas existe Constantinopla, y segun las pruebas testimoniales de su existencia es imposible que no exista. Oigamos un momento á uno de los principales géometras que han existido, y el primero sin duda de los del siglo XVIII, al sabio Euler (1).

„Todas las verdades que estan al alcance de „nuestro conocimiento, se refieren á tres clases „esencialmente distintas: la primera compren- „de las verdades de los sentidos, la segunda „las verdades del entendimiento, y la tercera „las de la fe: cada una de estas exige pruebas „particulares para demostrarnos las verdades „que le pertenecen, y de estas tres clases na- „cen todos nuestros conocimientos.

„Las pruebas de la primera clase se redu- „cen á nuestros sentidos, como cuando puedo

(1) Cartas á una princesa de Alemania. Carta CXV y CXVI. Tom. II.

„decir: *Esto es cierto porque lo he visto, y es-
toy convencido de ello por mis sentidos.* De
„este modo conozco que el iman atrae el hier-
„ro, porque lo veo, y la experiencia me lo prue-
„ba indudablemente. Estas verdades se llaman
„*sensuales* (ó sensibles), y se fundan en nuestros
„sentidos ó en la experiencia.

„Las pruebas de la segunda estan conteni-
„das en el raciocinio, como cuando puedo de-
„cir: *Tal cosa es cierta porque puedo de-
mostrarla por un raciocinio exacto, ó por silo-
gismos legítimos:* de este modo conocemos que
„los tres ángulos de un triángulo rectilíneo ha-
„cen juntos tanto como dos ángulos rectos. Es-
„tas verdades se llaman *intelectuales*, y á ellas
„corresponden todas las verdades de la geome-
„tría, y las de otras ciencias, siempre que pue-
„dan probarse por demostraciones.

„Paso á la tercera clase de verdades que son
„las de la fe, las cuales creemos porque per-
„sonas dignas de crédito nos las refieren,
„como cuando decimos: *Esto es cierto, porque
una ó muchas personas dignas de crédito me
lo han asegurado.* Y á esta clase correspon-
„den todas las verdades *históricas*. V. A. Cree
„sin duda que hubo antiguamente un rey de
„Macedonia, llamado Alejandro el grande, que

„se hizo Señor del reino de Persia, aunque no
„le haya visto, ni pueda demostrar geométrica-
„mente la existencia de semejante hombre en
„la tierra. Nosotros lo creemos por la relacion
„de los autores que han escrito su historia, de
„cuya fidelidad no dudamos. ¿Pero no seria po-
„sible que estos autores se hubiesen concerta-
„do para engañarnos? Con mucha razon des-
„preciamos semejante objecion, y estamos tan
„convencidos de la verdad de estos hechos, á lo
„ménos en gran parte, como de las verdades
„de primera y segunda clase.

„Es preciso pues contentarse en las verda-
„des de cada una de estas clases con las prue-
„bas propias de su naturaleza, pues seria ridi-
„culez exigir una demostracion geométrica de
„las verdades de experiencia ó históricas. Es
„un defecto bastante comun en los llamados
„*espíritus fuertes*, y en todos aquellos que abu-
„san de su penetracion en las verdades intelec-
„tuales, exigir demostraciones geométricas para
„probar todas las verdades de la religion, que por
„la mayor parte pertenecen á la tercera clase.”

Paso á los hechos de que ya no existen testi-
gos á quienes consultar, y que podemos conocer
por la tradicion, por los monumentos y la historia.

Llamo tradicion una narracion hecha de vi-
TOM. II. 6

va voz por testigos oculares, transmitida por estos á las generaciones contemporáneas que no presenciaron los hechos, y por estas á las siguientes de edad en edad hasta el tiempo presente: de este modo, y por una serie de testimonios sucesivos, puede saberse que al reinado de Luis XIV se siguió la regencia del duque de Orleans.

Llamo monumentos ciertas obras y ciertas instituciones que perpetúan la memoria de los sucesos á que han debido su origen, como las medallas, las inscripciones, los obeliscos, los sepulcros, las estatuas, las prácticas políticas y las religiosas, las fiestas y otras semejantes. Así el palacio de Versalles es un monumento que pone á la vista la gloria de Luis el Grande, y el busto de Luis XV en una moneda basta para atestiguar que en el siglo XVII reinó este príncipe en Francia.

Llamo historia una narracion fijada por la escritura, como los *Comentarios* de César, las *Décadas* de Tito Livio y las *Memorias* de Comines. Me limitaré á examinar la autoridad de la historia, este precioso depósito de los tiempos pasados, en cuya materia es preciso saber evitar igualmente el escepticismo, que una fácil credulidad.

Hay historiadores de todas clases y caracteres: casi desconocidos unos, y de una autoridad muy débil, apénas han dejado tras sí la menor reputacion de saber y de talento: otros han referido hechos poco conocidos y poco interesantes, difíciles de comprobar, y que aun cuando fuesen falsos, apénas hallarian quien los contradijese: algunos han escrito muchos siglos despues de los sucesos, siguiendo ménos á los historiadores precedentes, que rumores vagos y confusos, y tampoco faltan otros que, léjos de ser citados con elogio, pasan por sospechosos y estan desacreditados entre los sabios: todos estos escritores deben en efecto suscitar dudas en el alma del lector.

Hay tambien historiadores alucinados por el espíritu de partido, por el odio ú amor á la gloria nacional, que aun cuando merezcan un entero crédito en el fondo de las cosas, dan á conocer ellos mismos la necesidad de desconfiar del giro que les gusta dar á los sucesos, y del modo con que presentan á los personajes; así es muy posible que los historiadores griegos y latinos hayan hermosecado los hechos gloriosos á su patria, y oscurecido los que podian serlo á sus enemigos, haciendo algunas veces á sus héroes mas grandes de lo que eran en